

siste en cerrar herméticamente la lingotera cuando el metal ha entrado en ella y dejarla en reposo hasta que se supone verificada la solidificación. Sabido es que cuando el acero entra en lingoteras en movimiento, la estructura parece más pesada y ménos cristalina.

Existe, pues, una serie de cuestiones en el estudio molecular del hierro que merecen fijar la atención de los sabios habituados á las investigaciones más delicadas y de los ingenieros que fabrican ó emplean este metal. Celebraría que mis excitaciones indujeran á algun físico á resolver algunos de los problemas con que se tropieza en la práctica de las fábricas, y cuya no solución impide progresar en ciertas direcciones en que absolutamente se necesita el hilo conductor de la teoría basado en la experiencia.

JORDAN.

Profesor de la escuela central de artes y manufacturas.

(*Revue scientifique.*)

ESTUDIOS FILOSÓFICOS.

FICHTE Y MAINE DE BIRAN.

La comparación de Fichte con Maine de Biran es á propósito para aclarar algun tanto la filosofía alemana, y es además natural porque ambos han fundado la filosofía del *yo*; ambos han dado á esta noción una influencia preponderante; ambos han atribuido á la voluntad un papel excepcional; siendo tanto más interesante esta comparación, cuanto que los citados filósofos no se conocían.

Es singular que la cuestión del *yo*, que debiera ser la primera en fecha para la filosofía, puesto que del *yo* parte necesariamente todo pensamiento y toda reflexión, haya venido muy tarde en la historia del desarrollo filosófico. En realidad data de Fichte y de Biran.

En el siglo XVIII la noción dominante era la del *alma*, considerada como sustancia pensadora, y oponiéndose á la materia, considerada como sustancia extensa. Descartes sólo puso el pié en este terreno para salir de él inmediatamente. «Yo soy una *cosa* pensadora.» El punto de vista abstracto de la sustancia aparece en él inmediatamente. «El *yo* es un sér que se conoce á sí mismo,» pero, al decir esto Descartes, no advierte que lo que hace que no podamos dudar de nuestro pensamiento y que encontremos en él ese *inconcussum quid* que reclama, es que sólo el *yo* posee el carácter original de sujeto-objeto que hace que en él el sujeto y el objeto del conocimiento no sean más que uno.

Malebranche no se ocupa de la noción del *yo*, porque, al contrario de su maestro, profesa la doctrina de que «nosotros conocemos mejor el cuerpo que el alma,» pues conocemos el cuerpo por su idea (es decir, por su extensión), mientras que el alma no la podemos conocer por su esencia, ni tenemos de ella más que un sentimiento confuso.

En el panteísmo de Spinoza el *yo* sólo puede ser un accidente de la sustancia universal.

Leibnitz es de todos los filósofos de esta época el que más se ha acercado á la idea neta del *yo*, por sustituir la noción de fuerza á la noción de sustancia, y hasta habla en términos precisos del acto de reflexión por el cual conocemos el *yo*. *Actus reflexivos... quorum vi istud cogitamus quod ego appellatur.*

Los moralistas y los literatos son quizá quienes más han contribuido á llamar la atención sobre esta noción del *yo*. En primer lugar los jansenistas que tratan al *yo* como enemigo, y basta recordar sobre este punto el «yo odiable» de Pascal y los *Ensayos de moral* de Nicole. ¿Quién lo creería? En Moliere se encuentra la hipótesis claramente expresada de la duplicidad del *yo*, siendo como una anticipada caricatura del *yo* de Fichte, que se establece por sí mismo y se opone á sí mismo (1).

Posteriormente se puede encontrar una idea análoga en el *Pygmalion* de Rousseau. Galatea acaba de animarse, y dice:

—Yo.

Pygmalion trasportado:

—¡Yo!

Galatea tocándose:

—Soy yo.

Da algunos pasos, toca un mármol, y dice:

—Esto no soy yo.

Se adelanta hácia Pygmalion, pone una mano sobre él, y dice:

—Esto es también yo.

Después de los moralistas y de los literatos citemos á los filósofos. Apenas son de segundo orden, pero ha sucedido en esto, como en otras cosas ocurre, que ellos son los que han puesto

(1) *Sosie* en el *Amphitryon* habla de este modo (acto II, escena primera):

«Faut-il repeter vingt fois de meme sorte?
Moi, vous dis-je, ce moi plus robuste que moi
Ce moi qui s'est de force emparé de la porte,
Ce moi qui m'a fait filer doux,
Ce moi qui le seul moi veut être,
Ce moi de moi-meme jaloux,
Ce moi vaillant dont le courroux
Au moi poltron s'est fait connaitre,
Ce moi qui s'est montre mon maitre,
Ce moi qui m'a roué de coups.

mano en una cuestion escapada á los filósofos de primer orden. Así, pues, mientras que Condillac y su escuela, por razones fáciles de comprender, desdeñaban ó descuidaban el estudio del *yo*, dos adversarios de esta escuela se fijaban en él mucho más de lo que se habia hecho hasta ellos. Estos dos filósofos son el abate de Lignac, en su *Temoignage du sens intime* (1760), y Mérian en su *Memoire sur l'aperception de sa propre existence* (1749).

Lleguemos ahora á nuestros dos autores y comencemos por caracterizar bien el punto de partida que es propio á cada uno de ellos. Fichte procede de Kant, como Maine de Biran procede de Condillac. Discípulos infieles, ambos se han desviado de la doctrina de sus maestros, pero guardando, sin embargo, mucho de ella.

¿Cuál era el problema fundamental para Kant?

Encontrar las condiciones *à priori* del conocimiento.

¿Cuál era el problema para Condillac?

Buscar si la sensacion por sí sola no basta para explicar todas nuestras facultades. Encontrando, por tanto, cada uno de ellos la nocion del *yo* en su camino, le dan una significacion diferente, pero análoga. Para Kant las condiciones *à priori* del conocimiento son las categorías, y las categorías son, en último análisis, la aplicacion de la unidad de la conciencia á los datos de la sensibilidad.

En fin, esta conciencia empírica, que es propia de cada hombre, supone por sí misma una conciencia pura, que es la misma en toda especie de pensamiento. Kant no se ocupa, pues, del *yo* real, concreto; de lo que trata es de ese *yo* puro, simple condicion del conocimiento, que acompaña á todas nuestras representaciones, y que es, como lo ha dicho, «el vehículo de todos los conceptos.»

Condillac parte de la sensacion que estudia, no en sí mismo, sino en una estatua imaginaria, á quien sucesivamente hace experimentar todas las sensaciones, pasando de la más sencilla á la más compuesta. De esta suerte llega por su método sintético á un *yo* abstracto, sacado de la totalidad de las sensaciones; *yo* que podria llamarse, hablando con propiedad, una abstraccion que se produce á sí misma y que resulta de la sucesion de los fenómenos.

En resumen, para Kant el *yo* es una forma, para Condillac el *yo* es una abstraccion, y para ambos el *yo* es un concepto de vida. La realidad concreta no se advierte. Fichte y Maine de Biran han necesitado poner algo vivo y concreto en esta abstraccion. Ambos han querido dar á la filosofía un punto de partida fijo, absoluto, propio de ella, que la caracterice exclusivamente y que

pueda servir para construir la ciencia por completo.

Su punto de vista es el de Descartes, pero buscan el fundamento de su filosofía en la nocion del *yo*, y no en el hecho bruto de la *existencia* del *yo*. No se contentan con decir, como Descartes, «*Yo soy*,» si no preguntan lo que *es ese yo* que es. Ambos buscan, en fin, lo característico del *yo* en su actividad. Descartes lo ha reconocido bien sin duda alguna, porque un hecho de esta importancia no podia escapársele; pero no insistió bastante sobre él.

Notemos, sin embargo, otras analogias entre Fichte y Maine de Biran. Fichte asienta el principio de «que el *yo* establece primitiva y absolutamente su propio ser;» que el *yo* se establece á sí mismo. En Biran se encuentran fórmulas análogas. «El *yo* se constituye á sí mismo en su relacion con el hecho primitivo.» «El sentimiento del *yo* no es adventicio al hombre, sino producto inmediato de una fuerza que le es propia, cuyo carácter esencial es determinarse por sí misma, y en tanto que así se determina, advertirse inmediatamente en su libre determinacion.» Además, «el análisis no puede partir sino de un hecho primitivo que se hace constar por sí mismo, que no se prueba, que no se explica por otro, y sea en un sentido ó en el contrario, nada puede ser explicado, concebido ó entendido sin él.»

La oposicion del *yo* que se advierte inmediatamente y de la sustancia (*substractum* indeterminado) se encuentra con frecuencia en Maine de Biran. Lo mismo que Fichte rechaza toda cosa en sí. El *yo* de Biran, como el de Fichte, excluye la idea de cosa en sí, de sustancialidad. «Todo lo que el *yo* piensa ó expresa en sí mismo, tal como existe á los ojos de su propia conciencia, lo expresa como un sér simple y real; pero que, lejos de ser una *cosa*, una *sustancia* sujeto de diversos productos ó atributos, *excluye* al contrario de sí cuanto puede ser concebido ó expresado en esta nocion de *cosa* ó de *sustancia*;» y además «en lo absoluto de mi sér no me conozco.»

Después de las analogias, notemos las diferencias. Ambos han querido encontrar para su filosofía un punto de partida primitivo, un verdadero principio. Pero hay dos maneras de entender un principio primero: puede ser primero en sí, y primero con relacion á nosotros. Cuando tomamos una série hay en ella un principio en sí y un principio para nosotros. Tal es justamente la diferencia entre el principio de Fichte y el de Biran. Fichte busca «un principio incondicionado en cuanto á la materia y en cuanto á la forma.» Biran parte de un hecho, de un hecho experimental, no de un acto absoluto.

Esta diferencia se explica por el origen de las dos filosofías. Fichte reduce, como su maestro Kant, las leyes del pensamiento á las leyes del *yo*. Buscar las leyes del *yo* es, pues, buscar las condiciones de todo conocimiento *à priori*. Biran, como su maestro Condillac, ha mantenido el hecho experimental, salvo durante el último periodo de su vida. Notemos de paso, aunque no sea momento oportuno de insistir en tal cuestión, que estas dos filosofías del *yo* han venido á parar al misticismo.

Fichte dice: «El *yo* establece absolutamente su propio sér.» Proposición que se completa por las dos siguientes: «Un *no-yo* se opone absolutamente al *yo*;» y «Yo opongo en el *yo* á un *yo* divisible un *no-yo* divisible.»

Maine de Biran dice: «No tengo conciencia de mí sino en el esfuerzo voluntario,» y el esfuerzo para Biran se compone de dos términos inseparables: el uno subjetivo, que es la voluntad; el otro objetivo, que es la resistencia á la voluntad, es decir, la oposición del músculo á la voluntad. Esto es decir en forma psicológica lo que Fichte dice en forma metafísica, lógica, abstracta. «El sentido del esfuerzo, decía Maine de Biran (1), no ha sido designado hasta ahora con un nombre especial, precisamente porque es el más íntimo ó el más cercano á nosotros; ó más bien porque es nosotros mismos... Si se encontrara, por ejemplo, un paralítico de nacimiento que no hubiera jamás obrado voluntariamente para mover sus miembros, suponiendo que este sér pudiera tener el menor grado de inteligencia, lo que me parece imposible, no habría medio de hacerle comprender con palabras lo que es el esfuerzo, como no hay medio de explicar á un ciego de nacimiento lo que son los colores y el sentido de la vista.»

Se ha objetado á Maine de Biran que la sensación del esfuerzo ó sensación muscular es pasiva, como otras sensaciones. A esto responde: «Supongamos que el órgano muscular esté excitado por una causa extraña ó por un *estímulus* á propósito para poner en ejercicio esta propiedad vital que los fisiólogos llaman irritabilidad ó contractibilidad orgánica, resultará de ello una impresión particular que se puede llamar sensación muscular ó sensación de movimiento; pero que no se sabría confundir con ese modo de actividad que especificamos con el nombre de esfuerzo voluntario. En efecto, esta sensación muscular está sometida á las mismas leyes ó condiciones orgánicas que la sensibilidad. Es siempre una impresión recibida, transmitida al cerebro, donde es sentida, como un modo pasivo extraño á la voluntad ó al

yo. Pero en el esfuerzo no hay excitación ni estímulo extraño, y sin embargo, el órgano muscular está puesto en juego, la contracción se verifica, el movimiento se produce sin otra causa que esa fuerza propia que se siente ó se percibe por sí misma.»

Se ve, pues, que el *yo* de Maine de Biran, al establecerse, se fija como dato de la experiencia. Fichte nos dice, al contrario, que el *yo* se establece á sí mismo; pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿cómo? Este acto pasa en los abismos y en las profundidades de lo absoluto. De aquí las diferencias entre el *yo* de ambas filosofías. El *yo* de Fichte es el *yo* absoluto, creador, infinito; el *yo* ante la conciencia. El *yo* de Maine de Biran es el *yo* según la conciencia, oponiéndose al *no-yo*, y refiriéndonos á las tres proposiciones de Fichte antes enunciadas, se verá que corresponde al tercer momento.

De aquí también las grandes diferencias en la noción del *no yo*. Para Fichte el *no yo* depende del *yo* absoluto; para Biran el *no yo* es objetivo y se opone al *yo* empírico; es un hecho primitivo, puesto que el *yo* y el *no yo* se limitan y se oponen de un modo indivisible.

Si ahora comparamos las dos filosofías en lo que concierne á la metafísica de una manera general, veremos que, mientras Fichte parte de la tendencia infinita del *yo*, es decir, de una noción ontológica, Biran se niega á entrar en la esfera de lo absoluto, y bajo este punto de vista, se encuentra más cerca de Kant que de Fichte. «El hombre, dice, ignora invenciblemente lo que es en sí, en absoluto, y no conoce, sino por inducción, lo que es á la vista de otro, pero puede saber siempre con una evidencia superior lo que es para sí mismo, bajo el punto de vista de la conciencia, de la que él sólo tiene el secreto.» Notaremos también que mientras Biran parte de la noción de esfuerzo dada por la experiencia, Fichte no llega á ella sino muy tarde y por la filosofía práctica.

Interesa notar que ambos hacen nacer las categorías de la actividad del *yo*. Las categorías, es decir, las formas necesarias del conocimiento, no son para Biran, ni ideas innatas, como quería Descartes, ni virtualidades ocultas que la experiencia actualiza, como sostenía Leibnitz. Las categorías son para él la expresión del hecho continuo de la conciencia, el acto inmanente, el acto fundamental de que no podemos separarnos. Todas las categorías se sacan, por tanto, del acto primitivo del *yo*. El *yo* tiene conciencia de sí mismo, como fuerza agente de la idea ó categoría de la *causa*. El *yo* tiene conciencia de un término resistente que se opone á él, de la idea ó categoría de la *sustancia*. Las categorías son,

(1) *Fondements de la Psychologie*, pág. 208.

pues, experimentales para Maine de Biran y tienen su tipo en lo interior de nuestro sér. El *yo* es *abstrahens* y no *abstractus*, y las categorías son las diferentes formas de esta abstraccion primitiva.

La tésis de Fichte es análoga. En las precedentes lecciones hemos visto cuál es el objeto que se propone en la *doctrina de la ciencia*, que consiste en hacer el génesis de las categorías. Fichte acepta todos los resultados de la *crítica* de Kant, pero estas categorías del conocimiento que Kant acepta como todos los hechos ¿de dónde proceden? Fichte se propone explicar, cómo las intuiciones de tiempo, de espacio, cómo los conceptos de sustancia, de causa, de unidad, etc., han podido producirse, y los saca todos de la actividad absoluta del *yo* que se establece por sí mismo.

Se ve, pues, que con una analogía esencial entre ambos filósofos, hay siempre la diferencia de la metafísica y de la experiencia. En este punto pueden aún relacionarse la psicología de Fichte y de Maine de Biran.

La psicología de Maine de Biran sigue el método de Condillac. Encuéntrase en ella un génesis análogo al del *Tratado de las sensaciones*, pero con la noción importantísima de un *yo* activo. Biran difiere también de la escuela escocesa, que se limita á describir los fenómenos para acercarse á la psicología inglesa contemporánea, que hace un trabajo genético, que procura trazar la embriología de las facultades y de los estados de la conciencia. Para él el *yo* de la psicología es el *yo* relativo, experimental, tal como se advierte á sí mismo en la conciencia. Pero este *yo* no llega á la plena conciencia de sí mismo sino después de haber atravesado cuatro momentos, que Maine de Biran caracteriza con los términos de *afeccion*, *sensacion*, *percepcion* y *reflexion*. El sistema afectivo comprende esos modos simples del placer y de dolor que constituyen una vida animal fuera de toda participacion del *yo*. Desde que el esfuerzo está en ejercicio, el *yo* siente las modificaciones de la sensibilidad, pero sin identificarse con ellas; este es el sistema sensitivo. El sistema perceptivo lo caracteriza la atencion. La percepcion es una sensacion con su parte expresa de la actividad y de esfuerzo. Finalmente, en el sistema reflexivo el *yo* se reconoce como causa productora, y ve el efecto, el resultado sensible de su esfuerzo.

Recordemos ahora en algunas frases la psicología de Fichte. Es una deducción *à priori*, una construccion del espíritu humano, una psicología trascendental que puede compararse con la *Fenomenología del espíritu* de Hegel. Parte de la

idea de un *yo* detenido en su desarrollo. Esta primera detencion es lo que se llama *la sensacion*. La sensacion es, por tanto, una limitacion del *yo*; la *percepcion* es la reflexion sobre este límite y conduce á crear un objeto. Producido así el objeto puede reflexionar libremente sobre él, y esto es la *imaginacion*. La reflexion sobre la imaginacion es el *entendimiento*, es decir, la facultad de tener ideas; la reflexion sobre el entendimiento es *el juicio*; la reflexion sobre el juicio es la *razon*, es decir, la facultad de razonar. Segun se ve, todo se explica en esta embriología *à priori* del espíritu humano, por la reflexion y sus grados, y como todo parte del *yo* se reconocerá que aquí entre Biran y Fichte la comparacion es natural.

La misma indiferencia existe siempre, sin embargo, entre ambos filósofos. El uno funda su psicología en los hechos, y por grande que sea la parte concedida á la actividad del *yo* se acuerda siempre de Condillac. El otro deduce su psicología de un principio metafísico, y pretende desarrollarlo sin pedir nada á la experiencia; no dejan por ello de ser talentos análogos, habiendo tratado la cuestion el uno á la manera del genio francés, y el otro á la del genio alemán; y ambos ocuparán en la filosofía un puesto importante por haber introducido en ella la noción fundamental del *yo*, que no puede borrarse sin destruir la personalidad y la libertad.

PAUL JANET,
Miembro del Instituto de Francia.

MELODIA.

De Dinorah tocabas
La overtura, que asombra y electriza,
Y yo escuchaba, al pié de tus balcones,
Aquel raudal de notas peregrinas.
Tus manos de azucena
Rápidas el teclado recorrian,
Y no sé qué sopor turbó mi mente,
Y no sé qué tiniebla hirió mi vista.
De pronto tus balcones,
Tu casa, el cielo, do su luz tranquila
Ostentaba la reina de la noche,
Esmaltando nevadas nubecillas,
La oscura calle, todo
Cuanto momentos antes yo veía,
Despareció, cual hielo que el sol besa
O ligero vapor que se disipa.

Halléme rodeado
De máscaras alegres y expansivas
Que, junto á mi apiñadas, me abrumaban
Con ruidosa incesante gritería.